

Horizontes de la Cultura

"EL ARBOL BLANCO" Y EL PEQUEÑO LECTOR

por DIEGO MIRAN

Ahora, cuando el mundo infantil se halla enajenado por toda clase de potencias deformadoras — la televisión, la historieta, el "rock"—, un libro de cuentos destinado al pequeño lector, y más si ese libro se inspira en temas peruanos, es verdaderamente un acontecimiento. El padre celoso de la formación espiritual y cultural de sus hijos no tiene mucho que escoger en nuestro idioma. La hermosa serie de Monteiro Lobato, la colección "El Globo de Colores" de Editorial Aguilar, alguna que otra edición cuidadosa mas no siempre barata salida de las prensas extranjeras, es todo lo que cuenta para formar la biblioteca inicial de sus niños. Entre nosotros, salvo alguno que otro intento aislado y no siempre hecho con criterio didáctico, casi nada es lo realizado en el terreno de la literatura infantil. De ahí que la aparición de "El Arbol Blanco" de Francisco Izquierdo Ríos sea no sólo un motivo plausible para señalar el esfuerzo de algunos escritores con vocación magisterial sino también para mover a quienes tienen la responsabilidad educativa —padres y pe-



dagogos— a difundir entre los educandos esta obra generosa.

Son los literatos dedicados al género infantil los únicos que merecen el calificativo de generosos. Ellos no pueden olvidar el destinatario de su creación, sus naturales limitaciones intelectuales, las consecuencias que en el orden moral pue de acarrearles cualquier error o desviación, su delicada materia espiritual q' la experiencia y el conocimiento moldearán para bien o para mal. No cabe, en esta clase de creación, ninguna gratuidad, ningún desborde imaginativo: la fantasía poética o novelesca deberá correr por cauces netos, sin tampoco costreñirse a la simple obviedad sin vuelo. Izquierdo Ríos tiene conciencia de este difícil precepto, y como su temática nace y culmina en la exaltación de la naturaleza — ese mundo al cual el niño de la ciudad sólo accede a través de sucedáneos e intermediarios no siempre fieles— ha sabido integrar la multiplicidad del espacio campesino con el desarrollo argumental de carácter mirífico, sin sobrepasar la frontera que separa la magia del horror ni esclavizarse a un fin secamente didascálico. A todo ello contribuye el lenguaje fácil sin ser vulgar, claro sin llegar a la receta, rico sin pecar de exceso, noble sin recaer en la pedantería.

La psicología contemporánea sostiene, sólo en apariencia paradójicamente, que al niño no hay que tratarlo simplemente como niño. El niño es un hombre, es un hombrecito. No debe oír de labios de los mayores un idioma especial, hueco o limitado, que expresa ideas, objetos o situaciones ramplonas. El secreto de la literatura infantil radica posiblemente en la maestría cómo se maneja la misma lengua de los mayores con fines edificantes y aleccionadores, escondiendo —habría que repetir la vieja fórmula del Infante Juan Manuel— la medicina en el almíbar con habilidad excepcional. "El Arbol Blanco" es un esfuerzo por lograr eso, y también, lo que no es poco mérito, de acercar al niño peruano a su patria. En estos tiempos de tanta incitación desnacionalizadora hay que saludar con regocijo un libro que pretende devolver a nuestros pequeños lectores al país, no a través del "chauvinismo" retórico y patrioterico, sino por las vías del amor.

Es este, a fin de cuentas, el único camino que puede llamarse, al mismo tiempo, pedagógico y literario. El único que forma hombres de verdad, no charlatanes, derrotistas o resentidos. "El Arbol Blanco" logra lo que su autor quiere: "que por entre lo escrito se vea la luz de la vida".